

Una noche luminosa se cierne sobre la ciudad. Múltiples luces provenientes de fulgurantes y atrayentes carteles iluminan cada uno de sus rincones, ayudados en tramos con la iluminación pública. Ninguna sombra es invisible bajo los focos publicitarios. No hay espacio para la oscuridad. Con ella, viene el caos, y con el caos, la desesperación.

Es por eso que, desde el último gran apogeo de los ciudadanos, asustados por la abundancia de bandas asesinas con la noche como campo de ataque, todos y cada uno de los rincones de ese enorme mar de edificios se encuentra protegido de las sombras. Y con ello, del mal. Así ha sido durante casi dos décadas.

Las estrellas no existen para los pequeños que nacieron tras la implantación de esa ley. Son mitos, al igual que las hadas, los monstruos que habitan bajo sus camas y Umbra. Pero los más irreales mitos se hacen realidad en sus mentes simples. A pesar de saber que no hay nada, siguen mirando cada noche bajo su cama, escudriñando la leve oscuridad que logra filtrarse. Aunque les digan que nada les puede hacer daño, que las sombras desaparecieron, seguirán buscando la protección de los cálidos brazos de sus padres al oír ruidos extraños, con temor a que Umbra, el rey de las sombras, de la oscuridad, vaya a raptarlos.

Es la inocencia de los más jóvenes lo que mantiene viva la ilusión de esa ciudad. En ella, nada existe si no se ve. No hay religión, ni leyendas o hipótesis por confirmar. Aquello imposible de ver, deja de existir.

Mas los niños siguen aguardando en sus ventanas buscando, más allá de esa impenetrable barrera de luz artificial, una sola luz natural, alguna estrella.

Y algunos no tan jóvenes también. Pocos son los que recuerdan los dulces luceros que iluminaban débilmente el oscuro entorno antes de que todo se tiñera de blanco. Y menos los que, asomados a su balcón, esperan con ilusión y añoranza volver a verlos. Quizá solo exista una persona que lo haga, o quizá más, pero en ese momento, Lucy se sentía la única que cada día, antes de dormir, escudriñaba la noche hasta el cansancio en busca de un rastro de ese símbolo de esperanza. Nunca se rendía, ni su determinación flaqueaba, porque estaba segura de que volvería. Aunque pareciera cada vez más imposible que la noche volviera a su vida, que la oscuridad saludara de nuevo a sus ojos con su ceguera, que despertara todos sus sentidos.

Pero esa noche fue diferente.

Una extraña y apenas perceptible vibración pareció recorrer la ciudad. Y tras ello, todo fue oscuridad. No tardaron en alzarse desde cada rincón gritos de pavor. Pero Lucy no se unió a ello, solo sonrió, tomó su vieja capa negra, que tantos años había pasado guardada con gran cuidado y discreción, y se adentró en las tinieblas de las solitarias calles. Todo peatón había desaparecido, en una búsqueda frenética por la seguridad de las luces de emergencia instaladas en sus casas. Aquellas que habían permanecido 9 años olvidadas, y que de pronto habían tomado gran importancia.

Podía orientarse perfectamente hacia el lugar de encuentro al que había estado esperando regresar durante casi una década. Sus pasos eran rápidos y cargados de impaciencia. Quería llegar lo antes posible, buscar a lo que quedaba de sus antiguos aliados, reencontrarse con su señor.

*Necesitaba volver a matar.*

Sus pasos pararon bruscamente al llegar a un pequeño claro rodeado de árboles, a las afueras de la ciudad. Pares de ojos fijos en ella fue lo que la recibió. La estaban esperando.

Con sutiles movimientos, se deslizó hacia un hueco entre sus compañeros y observó. Eran pocos. Pocos los que habían logrado escapar de la justicia. Pocos los que no habían sucumbido a la debilidad humana llamada miedo. Pocos los que, como ella, habían aguardado cada noche el retorno de las sombras. En el centro del círculo humano que se había formado, una figura apenas visible se alzaba. Una figura que nunca habrían apreciado los débiles ojos de los simples humanos, pero que sus discípulos, adoradores de las tinieblas y del juego macabro de las sombras, podrían reconocer en cualquier momento, lugar o situación.

— Mi señor.— Se pronunció Lucy con una aterciopelada voz, teñida de un leve temblor de excitación y respeto.— Ha logrado resurgir.

— ¿Alguien lo dudaba?— Preguntó una voz pomposa e irritantemente empalagosa entre la oscuridad. Arrastraba cada palabra que pronunciaba, con altanería y superioridad en cada una de ellas.— Él es el más fuerte, su retorno era algo obvio y a la vez tan esperado y deseado...

— ¡Silencio!— Exclamó la figura del centro, mientras alzaba el rostro y dejaba descubrir, a la tenue luz de las estrellas, unos ojos rojos junto a una sonrisa macabra. —Necesito sangre.

Esa era la señal que todos esperaban con expectación. La mirada de todos parecía refulgir de un carmesí intenso que en la luz nunca se había apreciado pero que bajo la oscuridad reflejaba el deseo que todos escondían. Sin tiempo que perder, el círculo se disolvió con los pasos rápidos y silenciosos de sus componentes. Ya no tendrían que ocultarse durante la noche luminosa.

Umbral había vuelto.

Y las sombras con él.

Cada hora de tinieblas era un reino de caos, en el que la sangre tiñe cada rincón de la ciudad. El alba indica un leve descanso entre el juego de morir o matar, cazar o ser cazado, rendirse o luchar. Los cobardes, al contrario de lo que pensaban al refugiarse tras gruesas paredes en vez de salir a las oscuras calles y luchar, son aquellos que antes condena la parca.

Sus asesinos sienten y huelen el miedo, y lo disfrutan y saborean. Se acercan a ellos lentamente, mientras corren a esconderse de forma inútil. En cada movimiento incluyen una sutil amenaza, con la que prolongan aún más la tortura de su víctima. Ver el temblor de su cuerpo y la agonía de sus ojos es el mayor deleite de los discípulos de Umbral, llamados por los ignorantes "oscuros".

Pero hay un joven que se niega a solo esperar que la muerte llegue a él.

<<Es comer o ser comido>> Pensó Nathan, con una amarga sonrisa mientras se deslizaba por las oscuras calles, intentando pasar desapercibido. La capa era algo que le ayudaba a esto,

aunque le repugnaba tener que llevarla.

*Lucy...*

Se la había arrebatado a uno de esos sangrientos asesinos después de rebajarse a su nivel, corrompido por la ira, el dolor y la rabia, ¿qué más da? Lo merecía.

*Lucy...*

Es la imagen nítida en su mente de los cuerpos latentes de sus padres y su hermano lo que le da a Nathan el coraje suficiente para la hazaña que está dispuesto a hacer. La imagen de esa asesina, de la que sólo pudo ver el rubio de su pelo teñido del carmín de la sangre de su familia, es a lo que se aferra su sed de venganza. Eso, y su nombre escrito en cada una de sus caras, profundas cicatrices que deforman su rostro para siempre congelado.

*Lucy...*

En sus pasos solo se distingue determinación. En ningún momento dudan ni demuestran inseguridad. Se ha convertido en cazador, y cualquier paso en falso puede volver a sus presas contra él.

*Te mataré... Os mataré.*

Paró frente a la cúpula central. El corazón de la ciudad. O más bien el cerebro. Como todos los edificios, se encuentra cerrada, no tanto por las altas horas de la noche en que se hayan, sino más bien por la oleada de terror en la que desde hace un mes la ciudad se sumergió. Pocos son los comercios que abren por la mañana, la mayoría personas que ansían retar a los oscuros, mostrarles que siguen vivos, que no han sucumbido bajo su abrazo de miedo y sangre, y que, pese a no haber dormido en toda la noche, no están dispuestos a desprenderse de su vida por esos asesinos. Es su pequeña forma de plantarles cara.

Y siempre son ellos los primeros en morir la noche siguiente.

Nathan suspiró y rezó por que sus años de escalada sirvieran de algo, mientras emprendía un peligroso ascenso apoyado en los salientes de las ventanas- que por desgracia estaban blindadas- y los bordes y resquicios entre las rocas. Era una subida lenta y tortuosa, de la cual no todos habrían salido vivos, pero Nathan, dolorido y magullado, movido más por la rabia que por la fuerza física que hace tiempo se le agotó, logró llegar a la inmensa cúpula, formada por entramados de cristaleras unidas a filigranas de hierro.

Sin apenas apreciar aquella delicada obra del ser humano, golpeó con su puño la cristalera, provocando una hermosa y peligrosa lluvia afilada y cortante de incontables colores. La sangre del joven no manchó los cristales, ni siquiera se hirió. Había tomado la precaución de cubrir sus nudillos con una protección de metal, que le ayudó a golpear con la fuerza necesaria para causar el destrozo.

Penetró en el agujero que él mismo había creado sin perder un segundo. Debía hallar lo que tanto buscaba para protegerlo de caer en malas manos, y debía hacerlo ya. Consciente que a cada segundo la arena del reloj se escapaba, apresuró sus pasos hacia la sala central, aquella que guardaba el tesoro que tantos ansiaban, y pocos podían llegar a poseer. El secreto del

equilibrio era algo que nadie merecía poder manipular.

Sin embargo, cuando Nathan llegó a la sala, ya había alguien en su interior.

Sentado tras la mesa, había un hombre cuya edad nadie podría definir. Tenía figura ágil de un joven, pero sus ojos albergaban una crueldad y oscuridad impensables para alguien de tan corta edad, cuya corta vida aún no le había podido provocar ese pozo irrevocable de odio y destrucción. Le esperaba con una sonrisa indolente, en sus manos una delicada balanza de plata. Las runas del día y la noche brillaban como los luceros sobre sus cabezas. La del día, en un platillo de oro; la de la noche, en otro de un material negro, cuyo nombre era completamente desconocido para el chico.

— Valiente, un acto muy valiente el tuyo, al igual que estúpido.— Nathan apretó los puños, decepcionado y enfadado a la vez consigo mismo ante lo inútil de sus esfuerzos.— Tengo que agradecerte el venir hasta aquí, puesto que, sin saberlo, has sido tú quien me ha guiado. ¿Quién iba a imaginar que los tontos humanos atados a la luz esconderían su objeto más preciado en el lugar más obvio? Si no llega a ser por ti, pequeño valiente, habría perdido un tiempo precioso buscando en oscuros escondrijos llenos de inútil seguridad y de gordas ratas guardianas. La habría encontrado, ¡claro que lo habría hecho! Pero me has puesto las cosas muy fáciles, y te lo agradezco.

Nathan aguantó sus lágrimas de rabia. Merecía morir, pensaba, por no haber pensado en que, yendo hasta allí, más que proteger el tesoro, se lo estaba sirviendo al enemigo en bandeja. Aquel indolente extraño seguía sentado en la que fue la silla del presidente —cuando aún quedaba alguien ordenando entre el caos— con sus pies sobre la mesa, observando con interés su reacción, sin perder en ningún momento esa mueca burlona. Sus ojos rojos refulgían de inmenso placer. Lamió sus labios, y se incorporó lentamente cual gato acechando a su presa.

Y fue ese comienzo lleno de movimientos lentos y calculados lo que provocó la inmensa sorpresa de Nathan al cobrar la figura del oscuro una rapidez tal que cualquiera habría dicho que se había materializado frente a él. Era un palmo más alto, aunque la complexión de ambos era bastante similar. Los cabellos negros de Nathan se confundían en la oscuridad, mas los del asesino, desprovistos al fin de la siniestra capa que ya era reconocida como un rasgo de su grupo, relucían de un delicado rubio ceniza bajo el impacto de la suave luz de luna.

-Gracias por enseñarme el camino, muchacho. Aún tienes mucho que aprender, aunque por desgracia, tendrás que hacerlo en la otra vida. —Siseó, amenazante, el más alto- Me has servido de mucha ayuda, y te lo agradezco, me has puesto de muy buen humor con este pequeño regalo, y cuando estoy tan feliz, puedo perdonar la tortura, e incluso la vida. ¡Una verdadera suerte! ¿no? — Nathan no lo pensaba. Merecía morir, debía morir, y su verdadera tortura sería vivir. —Pero no haré eso.

>>Discúlpame por no agradecer tu ayuda como debería, pero hoy no pienso privarme de jugar con mis presas. Han pasado veinte años. Veinte años oculto en las sombras, esperando un mísero momento para volver a aparecer, a disfrutar, a matar. Veinte años de jugar muy bien mis cartas, sin poder cometer ni un solo error. Y es por ello que no permitiré los de otros. Tú has sido el primero en errar, y también en ser castigado... Tranquilo, pronto llegarán más, y te harán compañía en el triste y áspero camino de la muerte.

Lo mataría. Volvería con sus padres. Huiría del caos del mundo. Eso tendría que hacerle feliz,

mas solo lo sumió en mayor rabia y decepción por su persona. Se percató que, hundido en su mísera autocompasión, intentaba escapar, evacuarse de todo por la vía fácil mientras a su alrededor personas luchaban y se hundían sin poder hacer nada para impedirlo, atrapadas en aquel torbellino de amargura y dolor. Algo en su interior, aquello que no estaba manchado del dolor de los acontecimientos, se rebeló contra la parca y decidió que su afilada guadaña no probaría su sangre, no ese día. No antes de acabar con él. No, aún no.

Guiado por una mezcla entre instinto, desesperación y locura, con un rápido y completamente inesperado movimiento para el oscuro, le arrebató la balanza. La sostuvo por la fina y delicada barra de plata que unía ambos pesos, aquella donde, grabada, se encontraba la runa de la neutralidad. Su padre, guardián de la balanza y de la magia antigua, le había explicado lo que debía hacer en caso de que algo como esto ocurriera y las fuerzas de la luz y la oscuridad volvieran a hallarse en desequilibrio.

Corrió con ella, buscando algún lugar donde la luz de luna le diera de lleno, y el poder pudiera manifestarse, mas el oscuro era más rápido que él. Se encontraba casi a su lado, riendo de sus vanos intentos de escapar, gritándole con burla.

—Nunca intentes burlarte de las sombras. No escaparás de mí. Umbra no puede ser vencido.

Sus palabras provocaron que el frío miedo calara en el corazón de Nathan, y que este a su vez corriera aún más rápido. No se enfrentaba a un oscuro cualquiera. Era Umbra. El desconocido asesino creado por las mismas sombras, que poblaba las pesadillas de los más pequeños y las principales preocupaciones de los adultos.

<<Padre, madre, hermano, ciudadanos del día injustamente muertos por la noche, dadme fuerza para acabar con esta injusticia y que todo vuelva a la normalidad>> pensó con fuerza, y al instante pareció que a cada paso avanzaba más y más rápido que antes, recorriendo en segundos los eternos pasillos del edificio central. Pronto se encontraría bajo la vidriera, aunque fuera con Umbra pisándole los talones.

Al fin, la inmensa cúpula se mostró sobre sus cabezas, y Nathan comprobó, con orgullo por haber acertado, que la luna se encontraba sobre el agujero por el cual había entrado, bañando todo lo que se encontraba bajo este de una suave luz casi tan nítida como la perteneciente al sol. Corrió hacia esa luz lunar y cerró los ojos mientras limpiaba su mente de toda distracción, y se concentraba tan solo en cada una de las palabras que había que pronunciar. Un fallo y su oportunidad de arreglar todo se habría acabado.

Sabía que, durante el tiempo que necesitaba para realizar el ritual, Umbra no lo interrumpiría. Los espíritus ancestrales, despiertos tras su llamada, lo escudaban en su procedimiento. Lo transportaban fuera de ese mundo sin moverlo a ningún lugar. A otro plano, al astral.

No se demoró en comenzar. Con sus ojos aún cerrados, y los dedos índice y corazón de su mano derecha posados sobre la runa que representaba la neutralidad, pronunció una retahíla de inteligibles palabras, escritas en un idioma que ni él mismo conocía.

Aquel ritual lo había repetido, día tras día, con su padre, con el fin de aprenderlo y así poder proteger todo lo que se hallaba a su alrededor si alguna vez llegaba el momento. No existía referencia escrita al proceso que se desencadenaría una vez invocada la neutralidad, para llegar hasta ella. Era la balanza, y no Nathan, quien portaba la magia empleada. Esa falta de certeza

había nutrido la inseguridad del chico durante los muchos años de su aprendizaje. En cambio, cuando la hora de la verdad llegó y las sombras atacaron, no pudo evitar dejar que la fe salvara el hueco que de otro modo habría pertenecido a la desesperación.

Durante años de miedo, luminosa tortura e ilusoria seguridad, habían ignorado la solución fácil y definitiva. La balanza fue ocultada al mundo, y sólo guardián y heredero podían saber su lugar. Era demasiado arriesgado, demasiado peligroso. ¿Y si la solución de la balanza para restaurar la neutralidad era el anunciado apocalipsis, su final? Pese a la dolorosa luminiscencia, los humanos seguían agarrados a ese resquicio de vida y porvenir que les dejaba la esperanza. Era simple cobardía a acabar con una vida de temor y peligro, no por la falta de deseos de escapar, sino por las posibilidades... ¿Y si esperando les llegaba otra solución? Una que no implicase a toda la humanidad colgada de un péndulo, en una frágil incertidumbre que acaba en el momento de pararse en su lugar central.

Hacía falta, para que los humanos reunieran el valor necesario a olvidar los “Y si...”, un golpe de gracia. Una oleada de pánico, que unida con la sensación de intensa rabia y con las imágenes de muerte y destrucción, despertara el instinto final de supervivencia. Matar o morir, incluso si eso significa abandonar también la propia vida. Aquel era el momento, y Nathan, el elegido para que todas las emociones tuvieran cabida y crearan esa insólita poción de valentía y humanidad. No tenía tiempo, ni opciones, para dudar, sólo rabia y desesperación. La hora de averiguar su destino finalmente había llegado.

La runa comenzó a arder bajo sus dedos, sin embargo, no los retiró. Una fuerte luz salía de la balanza. Nathan continuó, aunque la runa cada vez subiera más la temperatura, y la luz fuera más intensa. No paró en ningún momento, ni sucumbió al dolor. Al terminar el ritual, alzó sobre su cabeza la balanza, fuertemente sostenida, mientras esta tomaba un brillo cegador durante unos interminables segundos.

Tras ello, silencio, y oscuridad.

La noche, antaño fría, peligrosa, traicionera, y embustera, brilla ahora por la tranquilidad que envuelve a cada ser vivo en un cálido manto de segura oscuridad. Yshtr, la ciudad donde se concentran las criaturas oscuras y luminosas del mundo. Yshtr, la tierra antaño refugio de sombras y de Umbra. Yshtr, el hogar de la balanza del equilibrio.

La ciudad donde cada uno de sus habitantes es acosado por las pesadillas, ahora duerme. Sin luz permanente que entorpezca el sueño. Sin barrera que prive a los habitantes de observar la belleza de las estrellas y la luna. Ahora acuna bajo su manto estrellado a cada uno de ellos, sumiéndolos en un profundo sueño.

Nathan abre sus ojos mientras todos los demás lo cierran, y aprecia por primera vez en mucho tiempo, la belleza de los astros que adornan el cielo.

Aunque no pudo hacerlo por mucho tiempo, al recordar la presencia de Umbra. Miró a su alrededor, alerta, pero se encontraba solo. El único rastro de su presencia que dejó la criatura de la noche en la sala, fue su negra capa. Nathan sonrió y, arrastrado por el cansancio, cerró los ojos y durmió. Los oscuros y Umbra ya no eran más que un mito del pasado, igual que las hadas, los

monstruos que habitan bajo la cama, y las estrellas... No, las estrellas no.

Existían, y quién sabe si otros mitos también eran reales. Algunos, como esos luminosos luceros del firmamento, es bueno ver su existencia en la realidad, mas otros es mejor que permanezcan en la sabia ignorancia del ser humano, como algo que no existe, no existirá, y nunca ha existido.

Y así, con la felicidad de que todo ha acabado, Nathan soñó, con sus padres, con su hermano, y con todos aquellos que habían sido víctimas de los oscuros, que ahora, como los vivos, dormían plácidamente. Era el precio que debía pagar por haber invocado a la neutralidad. El sueño eterno.